

RESEÑAS

Pablo Sánchez, *Caja Negra*, 2005, Madrid, Lengua de Trapo, 254 p.

Las novelas premiadas trauman al lector. Cuando lee una –no muy frecuentemente, lo admite– su horizonte de expectativas alcanza dimensiones de las cuales toda la escuela de Konstanz no se formaría ninguna idea clara. Y él menos. Su yo-receptor se espera algo así como la superación de *Cien años de soledad*, la refutación del *Ulises* o el punto final al *Hombre sin atributos*. Sólo el *Quijote*, y a duras penas, escapa del delirio de grandeza del lector. Cuando se da cuenta de que, una vez más, su deseo de asistir al parto de un niño prodigio ha sido decepcionado, empiezan los insultos. ¡Cómo es posible que un bodrio así reciba un premio! ¡De qué manera gastan su dinero: esta cantidad para tal verborrea! ¡Los premios son corruptos, sólo los dan a los cuates (¿cuates de quién?), no importan las tonterías que se escriben! Pasan algunos días y el lector se calma. Piensa en Gadamer, en Ingarden, en Iser y en Jauss, y decide completar el círculo hermenéutico con una segunda lectura. Lo decide, pero no lo hace, porque ya está leyendo otro libro y le dan curiosidad los muchos textos que todavía no conoce. El círculo no se cierra. Pasan algunas semanas, meses quizás. Por una casualidad vuelve a pensar en la novela premiada, y se tranquiliza aún más. Seguro que es un excelente libro, había esperado demasiado. Los *Ulises* no aparecen a diario. Además, él está un poco mal de mente: todas las reseñas lo elogiaron, no ha escuchado ninguna palabra mala sobre él, tampoco en sus conversaciones con colegas y amigos, realmente ha de ser bueno. El problema, entonces, no es de la novela, ni de su autor, sino suyo. Ya saben, lo del pasto, tantos millones de vacas no pueden equivocarse. Está a punto de curarse de su trauma, cuando –las crueldades del destino– lee otra novela galardonada. El premio no es tan importante como el anterior, pero tiene lo suyo. El libro todavía no se distribuye en México, se lo ha prestado un amigo quien acaba de regresar de España. El título le produce intranquilidad: *Caja negra*. Sabe

qué es una caja negra, de eso no se trata. También conoce una revista que se llama así. Pero hay algo más...

La novela lo atrapa, muy bien escrita, se nota: el autor es hispanista. Qué curioso —el protagonista de la otra novela también es hispanista... Raúl Garay tiene éxito como novelista, un éxito que se debe más a la casualidad, que a la clarividencia artística de los editores y críticos. Mas el sueño dorado se acaba pronto. Su libro premiado (un premio dentro del premio, piensa el lector) es acusado de plagio. Elías Betancourt está convencido de que *Indicios del caos* aprovecha varios de los logros narrativos de su novela, *La fosa común*, publicada varios años antes. La trama se desarrolla entre recuerdos familiares de Raúl Garay, encuentros entre Garay y Betancourt que terminan de manera violenta, la paranoia literaria y vital de Garay, una relación amorosa trágica entre Garay y la esposa de Betancourt, y muchas digresiones de índole narratológica. Un texto que divierte al lector, lo enreda en un laberinto vagamente borgiano; simpatiza con el protagonista, uno de los cínicos-ateos-existencialmente frustrados más sentimentales-cursis-idealistas que ha conocido en la literatura contemporánea. Sonríe con la ingenuidad de las escenas eróticas; reflexiona sobre la estrecha relación entre amor, violencia y muerte; se enoja por la arbitrariedad y lo vulgar del mercado literario; discute las preferencias literarias del narrador; está en desacuerdo con sus posiciones teóricas y políticas. Sobre todo: comparte con Raúl Garay el escepticismo acerca de la posibilidad de ser literariamente ‘original’. El calificativo ‘original’ lo molesta, es la muletilla de casi todos los críticos; cuando no saben cómo elogiar un texto, escriben que es ‘original’. *Nihil novum sub sole*, no hay ninguna garantía de que mi hallazgo —literario, científico, ontológico, filosófico— sea realmente nuevo y sin precedentes. Así que: ya no hablemos de originalidad, dejémosla a los románticos alemanes que la habían transformado en un sistema ético-estético, cuya manifestación más conocida es posiblemente el nacionalsocialismo.

Raúl Garay no plagió, pero es poco menos que imposible comprobar su inocencia. Betancourt puede argumentar con varias figuras parecidas, con la similar estructura de los dos textos, finalmente —y ahí está la prueba definitiva, irrefutable— con el símil ‘sintió abismos como raíces’ que se encuentra tal cual en ambas novelas (y en la de Pablo Sánchez, por supuesto, agrega el lector educado por Cervantes, Unamuno, Borges, etc.). Sí, la novela convence al lector, la lee en dos sentadas (o acostadas, suele leer en la cama). La idea de la caja negra le encanta; prefiere, al respecto, el desarrollo de Garay al de

Betancourt. Qué raro. Garay y Betancourt (y también Sánchez), dos (tres) nombres propios que la auto-corrección del Word no marca como errores: ¿Serán prototipos? ¿El escritor y su mala conciencia creativa? ¿La imagen y su sombra? El lector hasta empieza a divagar intelectualmente: una buena señal. Más le gusta que Garay no se adjudique del todo el invento de la caja negra como principio estructural. Admite que fue impulsado por *Viaje al fin de la noche*, de Céline. La caja no se abre en la novela de Garay, de hecho ésta no tiene ninguna relación con un accidente aéreo, sí con uno terrestre –aunque ya es parte de la novela de Sánchez, o del relato testimonial de Garay... Quizás se trata de una caja como la de Pandora, contiene puras enfermedades y plagas. El escritor, el verdadero escritor, no quiere abrirla, vale más estética e intelectualmente conformarse con la especulación sobre su contenido. La sombra del escritor sí la abre, como Betancourt.

Al final está la afirmación incondicional de la literatura, la buena literatura, como expedición a tierras siempre desconocidas, aunque hayan sido pisadas miles de veces; el texto como “diario de un explorador perdido en territorios inhóspitos fuera de cualquier mapa. O mejor aún: como una maldita caja negra”. El lector cierra el libro que perdurará por lo menos como recuerdo de unas horas amenas pasadas con su lectura. Pero hay algo más...

En la página 319 de la anterior novela premiada, de la que el lector, en un inicio, había echado pestes, se lee: “‘Una caja negra’, pensó Julio. ‘Todo se puede destruir menos la caja negra.’ ¿Había un verso de Eduardo Lizalde que decía eso o, como tantas veces, resumía un poema en un verso inexistente?”. Al lector le da curiosidad, sacrifica unas horas frente a una pantalla conectada a www. No encuentra ningún poema de Lizalde que aluda a una caja negra, aunque sí lo hay: *El corazón de Dios podría estallar como volátil superior si la caja se abre...* Por fortuna todavía no se ha perdido en la supercarretera electrónica de Bill Gates. Además, por una nota efímera se percata de que, en 1997, Jorge López Páez planeaba una novela titulada *De caja negra*. También se entera de la presencia de Lizalde en el homenaje a López Páez con motivo de sus 75 años de vida. ¿Esas coincidencias habrán formado un remolino en la mente de Julio? El lector no sabe si el proyecto de López Páez se realizó, tampoco sabe qué función tendría la caja negra en la novela planeada. Se da cuenta de una coincidencia más: el meollo de *Caja negra* lo forma un plagio. Julio, el protagonista de la otra novela, un doctor en letras hispánicas (Pablo Sánchez es doctor en letras hispánicas...), ha plagiado su tesis de licenciatura y olvidado hasta el nombre del autor de

la tesis ‘original’. De pronto el lector posee una clave que lo obliga a leer de nuevo –ahora sí– la novela premiada anterior, que le había disgustado en su momento. Aplica la clave recién encontrada –¿será que la vida entera de Julio es un plagio?– y cierra, contento, el círculo hermenéutico.

La literatura se alimenta de casualidades, arbitrariedades, especulaciones y tanteos, piensa. En realidad, no puede haber plagio, piensa, siempre que la caja negra no se abra. Si se abre, como Betancourt en la novela, sale la historia tal cual, la versión cruda de lo que pasó. Y entonces, piensa, sólo hay plagio.

Aclaración 1: *Caja negra*, la primera novela publicada del español Pablo Sánchez, ganó el XI Premio Lengua de Trapo 2005.

Aclaración 2: En nombre del lector pido, sinceramente, disculpas a Juan Villoro.

ANDREAS KURZ

Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM